

EL ÁNGEL HERIDO

Sin duda soy yo un bosque y una noche de árboles oscuros: sin embargo, quien no tenga miedo de mi oscuridad encontrará también taludes de rosas debajo de mis cipreses.

Friedrich Wilhelm NIETZSCHE (1844 – 1900). Filósofo y escritor.

*En la posada del fracaso, donde no hay consuelo ni ascensor,
el desamparo y la humedad, comparten colchón.
Y cuando por la calle pasa la vida como un huracán,
el hombre del traje gris, saca un sucio calendario del bolsillo, y grita:
¿Quién me ha robado el mes de abril? ¿Cómo pudo sucederme a mí?
Pero, ¿quién me ha robado el mes de abril?
Lo guardaba en el cajón, donde guardo el corazón...*

Suena “¿Quién me ha robado el mes de abril?”, y me dejo arrastrar por la corriente.

Esta canción de 1988 despierta en mí un aluvión de sentimientos, pues me lleva a una etapa de mi vida en la que iniciaba BUP y las cosas no eran nada fáciles. Pero Joaquín Sabina estaba en su mejor momento. El tema destila una nostalgia embriagadora y contiene, sin duda, una de las mejores letras del genial cantautor jienense, rayando a la altura de “Así estoy yo sin ti”. Es la banda sonora de una época que siempre recordaremos con añoranza, repleta de arpeggios y reverberaciones, entre lágrimas y pieles de gallina. Y, sin embargo, o quizá por ello, es una canción terriblemente sórdida. Mientras la escucho, Sartre (“¿cómo pudo sucederme a mí?”) y Magritte (“el hombre del traje gris”) suben al escenario. Es un canto a una frustración inapelable y despiadada que llega puntual como la niebla de invierno, como la muerte inexorable que riega con esmero las almas en flor en “El jardín de la muerte” (1896), tétrica obra del gran pintor finlandés Hugo Simberg, más conocido por su gran pintura “El ángel herido” (1903). Esta última tela está considerada, con razón, como la pintura nacional de Finlandia. Digo con razón porque basta con mirarla para emocionarse y percibir el vértigo de lo intemporal – emociones cósmicas y visceral intelectualidad, todo al mismo tiempo.

“El ángel herido” es una gran obra de arte porque es un cántico a lo que hemos sido, somos y seremos, a la vez que un memorial a las esencias psicológicas y sociológicas de la Humanidad. ¿Cómo no identificar esas tres figuras con los hermanos Karamázov de Dostoievski? Si usted ha leído esa prodigiosa novela convendrá conmigo que ese ángel es Aliosha, asistido por sus dos inquietantes hermanos. Pero todo tiene su momento: intenté leer esa novela veinte años antes de estar preparado para ello y me frustré al no sumergirme en ella como se merece. Precisamente este capítulo trata del implacable sentimiento de frustración.

Stephen R. Covey, de quien ya hablé en “El Aroma del Destino”, solía explicar claramente la importancia de los paradigmas y las creencias:

“La manera como vemos el problema es el problema”.

Recuerdo haber pensado en ello durante el invierno de 2016, tras mi primera experiencia intentando fotografiar buitres, quebrantahuesos y otras rapaces en un *hide* del Pre-Pirineo de Lleida. Tras un día largo, repleto de “estrecheces” (frío extremo, imposibilidad de salir del escondite, inmovilismo postural, etc.), no se posó ni un triste carroñero. Junto a mi hermano mayor vimos algunos buitres sobrevolando la zona (pocos, a decir verdad), pero ninguno de ellos aterrizó delante del escondite. Recuerdo la sensación de frustración y cansancio tras ese día agotador. Cuando llegué a casa y me preguntaron “¿qué tal?”, no sabía qué responder. Por un lado, el resultado final había sido desastroso. Pero por otro, analizando el proceso y las circunstancias, había sido magnífico: estuve toda una jornada con mi hermano, mantuvimos conversaciones interesantes que con las prisas del día a día no prodigamos, hicimos un buen trabajo en equipo, nos divertimos, cultivamos la paciencia y la disciplina y pasamos frío e incomodidades que nos recordaron lo privilegiados que somos y lo confortables que vivimos. Honestamente, fue un día diez.

Llegados a este punto, creo que podemos extraer una conclusión importante:

Un buen consejo para gestionar la frustración es poner el foco en los procesos, en el “cómo”, en el camino. Si todo el peso de la (auto)responsabilidad gravita en el resultado, en el “qué”, la pesadumbre está asegurada.

La idea del párrafo anterior tiene multitud de derivadas educativas: evaluación, deberes, promoción, pruebas diagnóstico, carrera profesional del profesorado, personalización del aprendizaje, necesidades especiales, diseño de actividades, currículum educativo, legislación y políticas educativas, actividades extraescolares, acciones de cohesión de la comunidad, nuevas tendencias y buenas prácticas, uso de herramientas por parte del estudiante, etc.

No hay que olvidar el mundo en que vivimos y hay que demostrar lo que uno es capaz de hacer, pero cuanto más balanceemos el resultadismo académico con las destrezas para acometer retos, la capacidad lógica y el sentido crítico, el trabajo en equipo y la práctica del sentido común, más motivados y más preparados estarán los alumnos para afrontar las grandes frustraciones que les esperan, agazapadas, listas para surgir en el momento más inesperado. Esta es la sociedad resultadista en la que Caín debía matar a Abel, Dios debía entregar las tablas a Moisés y Trump debía engañar al pueblo americano. El resultadismo se impone. Nadie se acuerda del subcampeón ni de la tercera página de una búsqueda en Google.

El enfoque en los procesos parece una cuestión de supervivencia ante los embates de la frustración. ¿Acaso los rituales, como los saludos o determinadas ceremonias, no son mecanismos de defensa ante un resultadismo ávido de conflictos? Los japoneses saben encajar como nadie las desgracias naturales que asolan periódicamente sus islas. Su capacidad para gestionar la frustración es ancestral. Su amor por la naturaleza y su aplomo nacen del respecto hacia un poder mayor que nunca superarán. La naturaleza como gran maestra, como madre de todas las enseñanzas, también ante las embestidas de terremotos y volcanes. Han ritualizado su relación con las catástrofes naturales y se han preparado al máximo para ellas, sabiendo que no pueden disminuir el riesgo a cero. Su enfoque es tremendamente pragmático. Lo explica mejor el gran actor Anthony Hopkins, refiriéndose a la interpretación dramática:

“Si estás relajado, el poder fluye a través tuyo”.

El enfoque en el proceso y el pragmatismo son, así, las dos principales estrategias para gestionar la frustración. Pero permítame una pregunta importante ante la cual no sé si existe una respuesta concluyente:

¿Se está mejor preparado para gestionar la frustración por haber estado muy frustrado anteriormente?

Si la respuesta es “sí” podemos pensar en algunas acciones educativas que proporcionen escenarios controlados de frustración, como evaluaciones por sorpresa, deberes de difícil resolución, debates en los que se deba adoptar la postura de “abogado del diablo”, actividades de solidaridad para conocer contextos socioculturales complejos, etc.

Si la respuesta es “no”, como hemos comentado, parece adecuado mantener una actitud escéptica, pragmática y centrada en los procesos.

Permítame una idea final. Decía Vangelis, el extraordinario compositor griego, que debemos invertir en la belleza, que es la armonía que viene del caos. Me permito añadir que, cuando uno degusta la belleza desde la sensibilidad, se frustra menos.



Vuelve a sonar Sabina. Contemplo “El ángel herido” por última vez, mientras acabo este capítulo. El hermano mayor dirige su mirada obsesiva hacia el espectador. Sus ojos hablan:

¿Quién me ha robado el mes de abril?

